LA PATRIA COMÚN DE TODOS LOS MORTALES EN LOS CUENTOS DE MIGUEL DELIBES

MARÍA PILAR CELMA VALERO
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

INTRODUCCIÓN

A Miguel Delibes se le considera el novelista castellano por antonomasia, pues casi todas sus obras están ambientadas en Castilla y en ellas hace una defensa del campo castellano y de la cultura rural. Pero, a la vez, Delibes es un escritor universal, uno de los escritores españoles del siglo XX que más interés ha despertado en todo el mundo: su obra ha sido traducida a más de veinte lenguas diferentes. Esto, que podría parecer una contradicción, no lo es en absoluto y tiene una fácil explicación: Delibes cuenta historias sencillas en las que sutilmente se imponen unos valores que son comunes a casi todas las culturas: el interés por los hombres, por los más humildes y desfavorecidos; por los que creen y defienden sus convicciones hasta la muerte; por el mundo de la infancia y de la vejez; la defensa del campo, con la idea de progreso "sostenible", y la cultura tradicional… Son todos ellos valores universales, que calan hondo en sus lectores de cualquier parte del mundo.

Considero, por tanto, que para los estudiantes de español de nivel avanzado, que quieran introducirse en la literatura española contemporánea, Delibes puede ser una magnífica opción. Y, en este caso, mi propuesta concreta es hacerlo a través de un género concreto, el cuento, y de un tema universal, la infancia. El cuento tiene dos ventajas sobre otros géneros literarios: primero, su brevedad, por lo que es fácilmente abarcable en su unidad; no hay que hacer ni adaptaciones ni fragmentaciones. Segundo, el cuento es un género universal, primigenio, que enlaza con la tradición de todos los pueblos.

Decía Rainer María Rilke que "La verdadera patria del hombre es su *infancia*". Delibes parece compartir esta idea y afirma también que "la infancia es la patria común de todos los mortales"; por lo tanto, este tema constituye también un punto de conexión entre todos los hombres. La atracción de Delibes por el mundo infantil tiene una explicación: el niño –dice el escritor– "es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas

todas las posibilidades"[1]. Cualesquiera que sean las circunstancias que le rodean –la cultura, la religión, la clase social…– hay un fondo de inocencia, de confianza ciega en sus mayores, de capacidad para maravillarse ante el mundo, de tendencia lúdica e imaginativa…, que son iguales en los niños de todas las civilizaciones. Cuando crezca se impondrán ideologías, obligaciones y preocupaciones que podrán diferenciarnos y aun enfrentarnos unos a otros. La infancia será luego solo un recuerdo, un "paraíso perdido" del que fuimos expulsados casi siempre bruscamente. Porque lamentablemente así es casi siempre: los niños de Delibes son frecuentemente arrancados de la infancia por la fuerza de las circunstancias. Adentrémonos en el mundo infantil a través de los cuentos de Delibes.

Lo maravilloso de los niños es que ven el mundo con ojos nuevos, puros, y descubren con curiosidad y admiración cada uno de sus elementos y de sus pobladores. Todo les sorprende y les maravilla. El propio Delibes contemplaba con admiración esa visión iniciática del mundo en su propio entorno, rodeado como estaba por sus siete hijos. De forma que los primeros textos a los que me voy a referir son precisamente unas historias de carácter autobiográfico: su propia experiencia y la de sus hijos pequeños, en distintos momentos, con unos pajarillos. Recoge dicha experiencia en *Tres pájaros de cuenta* (2003)[2]. Allí Delibes explica las peculiaridades de tres pájaros a través de desde su propia visión y la de sus hijos. En la introducción a este breve libro, Delibes da ya una lección de perspectivismo y de comprensión de la naturaleza. Así justifica el título general de estas historias reales:

> Al llamar a la grajilla, al cuco y al cárabo pájaros de cuenta no quiero decir que sean malos. No hay pájaros buenos ni malos. Las aves actúan por instinto, obedecen a las leyes naturales, aunque, a los ojos de los hombres, algunas de sus acciones puedan parecer buenas y otras reprobables. Por ejemplo, el comportamiento de los tres protagonistas de este libro ofrece aspectos positivos y negativos. La grajilla, pongo por caso, roba la fruta de los árboles, especialmente de ciruelos y cerezos, pero, al mismo tiempo, nos libra de insectos perjudiciales y de carroña. El cuco, en la época de cría, deposita sus huevos en los nidos de otros pájaros más pequeños que él para que se los empollen, pero, en compensación, destruye orugas y arañas peligrosas para el hombre. Finalmente, el cárabo puede eliminar algún pinzón que otro, o cualquier otro pájaro que le molesta o le apetece, pero, a cambio, limpia el campo de ratas, ratones, topillos y otros roedores perjudiciales (502).

Esta larga cita se justifica porque, además de mostrar ya el interés y la postura de Delibes ante la naturaleza, anuncia el tema de estas tres historias. En efecto, la primera de ellas explica las peculiaridades de las grajas, pájaros sociables, sedentarios y acomodaticios, muy típicos de Castilla. Delibes comienza justificando su interés por las aves y su amor por la naturaleza heredada de su padre y aprendida en su niñez. Hace una descripción objetiva de estas aves y luego se centra ya en una anécdota concreta: la "adopción" de una grajilla por dos de sus hijos cuando eran niños, herederos igualmente del amor por la naturaleza. El cariño y la entrega de los niños, que salvan a la grajilla caída de un nido de una muerte segura, tiene su recompensa en la relación que el ave establece

1 *Miguel Delibes. Mi mundo y el mundo*, Junta de Castilla y León – Edilesa, 1999, p. 7.

2 Aunque señalo la fecha de publicación de los libros en los que se incluyen los cuentos estudiados, las citas están sacadas de *Viejas historias y cuentos completos* y a esta edición remiten las páginas señaladas.

con ellos, relación que recuerda la de Azarías con otra grajilla en *Los santos inocentes*: el mismo tipo de llamada (quiá-quiá-quiá), el ave que acude a posarse sobre su hombro y similar final trágico, con la muerte del ave, en este caso debida al ataque de una gata. Delibes no se recrea en este hecho ni nos cuenta la lástima que sentirían sus hijos; solo refiere la impresión de otra niña, testigo del ataque, aludiendo al hecho de que fue una muerte rápida e indolora. Y concluye diciendo: "Más vale así" (512). La muerte es inevitable; incluso la muerte cruenta forma parte de la naturaleza, lo único que se puede pedir es que el trance sea rápido y sin sufrimiento.

La experiencia con el cuco es una experiencia personal del Delibes adulto, pues se trata de un pájaro escurridizo, difícil de observar. El escritor castellano tuvo la fortuna de poder contemplar de cerca la evolución de una cría de cuco. En la tercera anécdota vuelve a referirse a una experiencia con un pájaro, un cárabo, que estableció una curiosa relación con su hijo Adolfo. Entablaban cada noche una especie de juego y de diálogo, imitando el niño su sonido, y el pájaro se alejaba cada vez un poquito más del lugar, pero reclamando la atención con su cantar, como para ser seguido. Así lo hicieron durante varias noches hasta que finalmente se alejó tanto que le perdieron definitivamente de vista. Estas tres historias están centradas en realidad en la descripción de tres aves típicas de Castilla, pero la mirada escudriñadora y amorosa de los Delibes, padre e hijos, nos hace contemplar la realidad con nuevos ojos. Esa es una característica de la narrativa de Delibes: hemos podido pasar por un lugar en una excursión campestre mil veces y a nosotros nos pasan desapercibidos la mayoría de los elementos que componen el paisaje. Delibes nos hace reparar en los pequeños detalles y disfrutar con cada elemento de la naturaleza. En cierta medida, la realidad se ve ampliada con su mirada.

Otra experiencia infantil con un animal se narra en *"El conejo"*. Puede tratarse también de un relato autobiográfico, pues el nombre de los dos niños coincide con el de dos hijos del escritor, Juan y Adolfo, el más pequeño, y se hace referencia a hermanos mayores. En este relato se ve muy bien la mirada iniciática del mundo: Juan, un niño pequeño, desea tener un conejito y se lo pide insistentemente a un herrador, hasta que este se lo regala. Va siempre acompañado por el hermano pequeño, con lo que se establece una cierta relación de "magisterio". Son dos etapas de la infancia: la de Juan, que ya conoce el sentido de la muerte, y la de Adolfo, que escudriña todo con curiosidad y va descubriendo la realidad desde la más absoluta ingenuidad. Las continuas preguntas del menor resultan tan inocentes que rayan lo absurdo y producen risa en los que le rodean y en el lector. Los niños tratan con cariño y mimo al conejo durante el verano, pero, al llegar el otoño, precisamente por un exceso de celo, el animal enferma, pues Juan le ha dado de comer verdura mojada por la lluvia, lo que le resulta letal, como le hace saber el herrero. Un adulto ve sufrir al animal y dice que hay que matarlo. El niño quiere también evitarle el sufrimiento y transige. El narrador relata así la decisión del niño: "Sí, mátale –dijo Adolfo con una prematura dureza en sus ojos azules" (455). En este caso, el despertar a la realidad es a través de la muerte de un animal. No se cuestiona la muerte pues se adivina inevitable; solo puede pedirse que no vaya acompañada de sufrimiento; igual que había dicho Delibes en la historia anterior: "Más vale así".

Distanciado ya de la propia experiencia, Delibes centra tres cuentos en el mundo de la infancia. En primer lugar, por orden cronológico, el titulado "El refugio", incluido en su libro *La partida*, de 1954. Mediante un relato tradicional, el protagonista rememora en

primera persona un episodio de su niñez (13 años), durante la guerra. En el primer párrafo, de introducción, se hace una apreciación sobre las consecuencias de la guerra, que fácilmente podrían relacionarse con el pensamiento del escritor, aunque enseguida se asocian al narrador del relato, que se introduce al principio del siguiente párrafo. El relato comienza así:

> Vibraba la guerra en el cielo y en la tierra entonces, y en la pequeña ciudad todo el mundo se alborotaba si sonaban las sirenas o si el zumbido de los aviones se dejaba sentir, muy alto, por encima de los tejados. Era la guerra y, la vida humana, en aquel entonces, andaba baja de cotización y se tenía en muy poco aprecio […] (53).

El uso predicativo del verbo ser, tan infrecuente en español, dota de profundidad, de existencialidad, a ese enunciado: "era la guerra". Y la guerra, cualquiera que sean las justificaciones que se le adjudiquen, siempre va en contra de la vida. Hay implícita en esa constatación de los hechos una defensa del valor de la vida en sí mismo y una condena de la guerra. El relato de los acontecimientos es el siguiente: varias personas coinciden durante unos bombardeos en un sótano, que resulta ser un almacén de una funeraria. Hay una mujer, "el Sargentón", que ha perdido a su marido y tiene a sus hijos en el frente, por lo que se cree con ciertos derechos y reprocha la pasividad de otros; el "Cigüeña", siempre muerto de miedo; el dueño de un comercio; un catedrático de Universidad, con agrio sentido del humor; el dueño de la funeraria, que mira con recelo a todos y les exige que no le estropeen su género… El clima es de enemistad y, así, dice el narrador:

> Dicen que el peligro crea un vínculo de solidaridad. Allí, en el refugio, nos llevábamos todos como el perro y el gato. Yo creo que el miedo engendra muchos otros afectos además del de la solidaridad (58).

Una vez ambientada la historia, el narrador rememora una anécdota concreta. El *sargentón* le dice al dueño de las Pompas fúnebres que él "veía con buenos ojos la guerra porque hacía prosperar su negocio" (58). Comentando que a él tampoco le caía bien el dueño de la funeraria, el narrador introduce sutilmente un elemento nuevo: el recuerdo de que el empresario había prometido a su hermanita un ataúd como de juguete que tenía en el escaparate. La discusión se acrecienta con la intervención de otros personajes; por ejemplo, el dueño de una tienda, que también odia al funerario "por la sencilla razón de que los muertos no necesitan ultramarinos" (59). La trifulca termina cuando acaba el bombardeo. Entonces salen del refugio y el protagonista le pregunta directamente al de la funeraria si se acuerda de que le había prometido a su hermanita el pequeño ataúd. La respuesta es esclarecedora: "Pobre Cristeta, ¡qué bonita era!" (60).

De esta forma, la muerte irrumpe en la vida del protagonista. No sabemos nada de cómo se produjo: si la niña murió por efectos de la guerra, por enfermedad o por accidente. El relato tampoco tiene un desenlace; el final es abierto. Lo único que interesa es el impacto emocional que la muerte de un ser querido produce en un niño, lo que supone, en realidad, su despertar a la vida.

Como vemos, los niños de Delibes son pronto expulsados del paraíso porque se impone una ley cruel: la muerte. En los casos menos trágicos, los niños acceden al sentido de la muerte a través de los animales. En otros caso, acceden de manera mucho más

abrupta y trágica, por la muerte de un ser querido. El caso más relevante es el de *"La mortaja"*, una verdadera joya literaria. En este magnífico relato, se narra la angustia de un niño (el Senderines) por la muerte de su padre, con el que vivía solo. Pero al dramatismo de la muerte en sí, se añade un hecho que resalta el poder de las convenciones sociales: su padre está desnudo y el niño se obsesiona con que tiene que vestirlo antes de que nadie lo vea. El Senderines busca ayuda entre los amigos de su padre que por distintos motivos no se la dan: uno porque se enfadó con el padre unos días antes; su esposa porque le asusta la muerte y no quiere tener ningún contacto con ella; otro, porque está trabajando. Al final, solo encontrará la ayuda de un hombre marginal, movido solo por el interés material: le va pidiendo cosas que pertenecían al padre y el niño accede, porque por encima de su apego a las cosas está la vergüenza que siente por la desnudez del padre y su angustia por conseguir vestirlo. La muerte tiene aquí ciertos tintes grotescos por las circunstancias especiales. El niño despierta a la vida no solo por la irrupción de la muerte, sino también por el descubrimiento de su impotencia, del abandono de los que creía amigos, del interés material que mueve a otros, de las convenciones sociales que lo atosigan... En suma, el niño descubre que está solo y que la vida es soledad.

El último cuento que tiene como protagonista a un niño es *"La vocación"*, cuento de los años 50, pero publicado en 2003 en el volumen *Tres pájaros de cuenta y tres cuentos olvidados*. En su novela *El camino*, Delibes muestra la desazón de un niño que va a abandonar su pueblo para ir a estudiar a la ciudad y "labrarse un porvenir", como desea y le impone su padre. "La vocación" resulta un contrapunto de esta novela. El protagonista se siente feliz en su valle. Ve con envidia al guardagujas de la vía férrea y aspira a ocupar en el futuro ese puesto. Su hermano mayor, que emigró y ha hecho fortuna, reclama al padre y al niño que vayan a América, pero el niño se niega. Es un acto de suprema voluntad, una valiente decisión que quizá abre su vida a la edad adulta.

Miguel Delibes se mantiene fiel al origen tradicional del género y sus cuentos siguen las técnicas propias del relato: la mayoría de ellos están narrados en tercera persona con la intervención de un narrador omnisciente. La otra posibilidad es la narración de tipo autobiográfica, en primera persona. En cuanto al estilo, los cuentos de Delibes utilizan un estilo directo, con un lenguaje muy rico y preciso: el ideal de Delibes era, según declaración propia, "llamar a las cosas por su nombre y saber el nombre de las cosas"[3] y eso incluye un número considerable de términos procedentes del ámbito rural castellano, lo que sin duda dificulta la lectura para el hombre urbano y no digamos para los no hispanohablantes. Sin embargo, el esfuerzo merece la pena. Con los términos aprendidos o recuperados, nuestra realidad se amplía también y conocemos elementos del paisaje, animales o plantas, que desconocíamos.

Los cuentos de Delibes en torno a las figuras infantiles nos permiten redescubrir el mundo: el lector participa de esa visión iniciática del mundo; recupera el amor por las pequeñas cosas, por los animales, por el campo; sueña que un mundo de convivencia y armonía es posible… En suma, nos retrotraen a un paraíso que todos disfrutamos, hasta que las exigencias de la sociedad o el descubrimiento de la muerte nos arrancaron de él.

3 César Alonso de los Ríos, *op.cit*., Barcelona, Destino, 1993, p. 135.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso de los Ríos, César Alonso. *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino, 1993.
Miguel Delibes. *Mi mundo y el mundo*. Valladolid: Junta de Castilla y León-Edilesa, 1999.
—, *Viejas historias y cuentos completos*. Palencia: Menoscuarto, 2006.